

# Clarice Lispector

Juan Gustavo Cobo Borda



La primera imagen de Clarice Lispector (1925-1977), contada por ella misma, es tan reveladora y a la vez tan elocuente de la forma como asume el mundo, que vale la pena sopesarla con cuidado:

Mi madre ya estaba enferma y, por una superstición muy difundida, se creía que tener un hijo curaba a una mujer de su enfermedad. Entonces fui deliberadamente creada: con amor y esperanza. Sólo que no curé a mi madre. Y siento hasta el día de hoy esa carga de culpa: me hicieron para una misión determinada y fallé. Como si contasen conmigo en las trincheras de una guerra y yo hubiera desertado. Sé que mis padres me perdonaron por haber nacido en vano y haberlos traicionado en la gran esperanza. Pero yo, yo no me perdono. Querría que simplemente se hubiera cumplido un milagro: nacer y curar a mi madre. Entonces, sí; yo habría pertenecido a mi padre y a mi madre. Yo no podía confiar a nadie esta especie de *soledad de no pertenecer* porque, como desertora, tenía el secreto de la fuga que por vergüenza no podía ser conocido.

De origen judío, nacida en Ucrania, Lispector llega a Brasil de pocos meses, luego



de un viaje en barco desde Hamburgo. Ha dejado atrás un país que arde en la revolución bolchevique, en la reacción anti-comunista de los rusos blancos, en los pogroms y exterminio de judíos. Se sentirá así extranjera en la tierra, muy acorde con la tradición hebraica del éxodo permanente. La infección que padeció su madre de seguro le afectó el sistema nervioso y la parte motora, provocándole una parálisis progresiva y la invalidez.

Pobre, muy pobre, hija de inmigrantes, verá morir a su madre en 1930 y a su padre en 1940. Encontrará, eso sí, en el libro y la lectura, en el estudio y en la atención a esas muchas voces interiores que la acompañan, un mundo propio, original y sorprendente, donde la plana banalidad de los hechos cotidianos se rompe en una sorpresiva eternidad, hecha de refulgente energía. Ella quería lo perdurable. Historias que nunca se acaben, chicles que duren y nunca pierdan su sabor. Carnavales, como los de Recife, donde vivieron un tiempo, donde la existencia familiar del vendedor de puerta en puerta, ofreciendo telas, zapatos, perfumes, agujas y cintas, se transfigure en la metamorfosis del disfraz y la música, de la otra personalidad. Por ello, Clarice se definirá, muchas veces, como una mezcla de osadía y timidez, de tenacidad y desamparo. En lucha consigo misma para convertirse en abogado, sin saber bien por qué, salvo, quizás, un remoto afán de mejorar

la vida en las cárceles, y de comprender, según sus propias palabras, cómo se convirtió en "una muchacha alta, pensativa, rebelde, todo mezclado con bastante salvajismo y mucha timidez".

Que la llevaría ya desde el periodismo adolescente a suprimir los hechos y privilegiar las sensaciones. A establecer recortes fragmentarios de lo real, lo cual será muy visible desde sus primeros textos, hechos de instantáneas, de transiciones repentinas, del ojo observador que registra la ciudad y quienes la habitan, la calle y sus pequeños dramas, la rutinaria vida de todos los días, expuesta y sacudida de pronto. Cortada de modo abrupto, como en dos de sus novelas, por el imprevisto auto que destroza a sus heroínas, llámense Macabea, en *La hora de la estrella*, (1977) o Virginia, en *La araña*, su segunda novela, de 1946.

Casada en 1943 con un compañero de la universidad que entra a la carrera diplomática, tendrá dos hijos y se separará en 1959. Vivirá en Nápoles, en Berna, en Suiza, seis años en Estados Unidos, incómoda con esa vida tan fingida de protocolo y cocteles, pero a la vez sumergiéndose en su soledad, en capas más profundas de su mente y sus recuerdos, en diálogos con perros caseros y animales del zoológico, en aprendizajes inusitados con las muchachas de servicio, una de las cuales será la detonante de una de sus más estremecedoras novelas, *La pasión según G.H.* (1964).

Sagitaria, su visión poética del mundo se sostiene a partir de esas pulsiones instintivas, donde el deseo, ya desde la infancia, tira sus anzuelos en pos de ese lenguaje balbuceante, incapaz de aprehender la totalidad de lo real. Por ello la lectura, en Machado de Assis, en Monteiro Lobato, en Dostoievski, en *Capitanes de arena* de Jorge Amado, y en Lucio Cardoso, quizás uno de sus grandes amores no consumados, debido a la elección homosexual que él había asumido, le permite ir perfilando su instrumento expresivo, que tendrá dos referencias claves: *El lobo estepario*, de Herman Hesse y los *Diarios y Cuentos*, de Katherine Mansfield.

Todo ello dándose por canales no lógicos ni racionales, sino instintivos y sensoriales. El placer de la lectura como un goce que debe demorarse para no agotarlo en el afán impaciente de un primer deslumbramiento. Sólo que *El lobo estepario* la enfermará y le producirá fiebre. "Hice de la lengua portuguesa mi vida interior y mi pensamiento más íntimo, la usé para palabras de amor", confesará en un momento. Y también revelará otra verdad de su arte al decir: "Elegir la propia máscara es el primer gesto humano y solitario".

Lo permitido y lo prohibido, la forma y el vacío, y aquella narrativa morosa construida a partir de "un lema salvaje", como lo llama su biógrafa, Nadia Batella: "O yo lo destruyo o él me destruirá", al referirse a la relación de pareja. Esto ya

desde los 9 años de una niña de colegio, “alegre y monstruosa”, que, fascinada por el profesor, despliega su papel, pues tenía “la tarea de salvarlo por la seducción”. Así, muchos de sus personajes, que sospechamos autobiográficos pero que ella prefiere considerar criaturas de ficción. Por ello sus novelas son líricas e introspectivas, hechas de anotaciones inmediatas, que tratan de mantener la frescura de la impresión, y que parecen rehuir las incesantes correcciones. Un aire espontáneo y vivo, como se dijo de su primera novela, de 1943, *Cerca del corazón salvaje*, en ese obstinado sondeo del propio yo, de una exploración de la complejidad del alma, del abismo sin piedad donde debemos hundirnos con la autora que es tantas veces personaje. Porque ella sabe trabajar con la pureza del odio.

Apatía y sobresalto, fascinación y disgusto, su vida oscilará entre un hijo con esquizofrenia y el teatro de representaciones que urde con su escritura. Terminará siendo máscara de sí misma, circundada por los múltiples mitos que comienzan a envolverla en su leyenda. Solitaria o bruja. Por ello, poetas como Manuel Bandeira o Carlos Drummond de Andrade la reconocen como de su estirpe, y el gran narrador Joao Guimaraes Rosa sabrá de memoria largos fragmentos de sus libros.

Pero la realidad acecha y su mano adormecida con un cigarrillo desatará un voraz incen-

dio en su lecho, que afectará sensiblemente su instrumento de escritura. Quedará así en medio de sus heroínas, que en sus diez novelas tienen tanto del kitsch popular como de aquella dimensión mítica que llega hasta la prehistoria en África y las primeras ciudades como Bagdad y Damasco, donde nació la escritura.

Traductora de Poe, Verne, Walter Scott y Agatha Christie, sobrevivirá económicamente y se hará popular al escribir para revistas de carácter femenino de amplia circulación, y para diarios de gran tiraje. Hará también libros para niños, pero en sus cuentos y novelas sólo terminará por ser fiel al misterio. Al hacerse como ser, es decir, como mujer escritora, tal como lo expresó Carlos Drummond de Andrade en un poema, “Vision de Clarice”:

Clarice vino de un misterio,  
partió hacia otro.

Nunca supimos la esencia de  
su misterio.

O el misterio no era esencial.  
Esencial era Clarice viajando  
en él. 

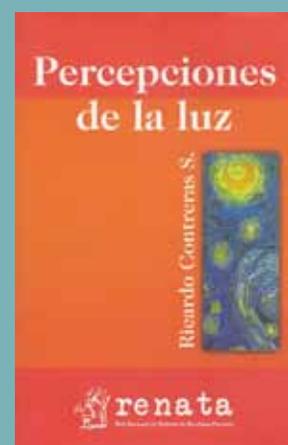
---

*Juan Gustavo Cobo Borda* (Colombia)

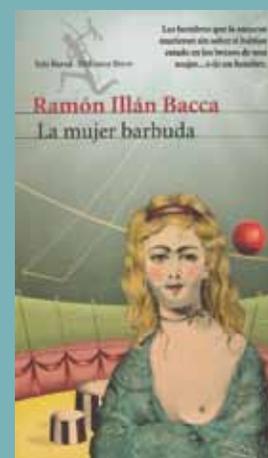
Poeta y ensayista. Fue director de la revista *Eco* de Bogotá. En 2006 la editorial Taurus publicó *Lecturas convergentes*, un análisis de Gabriel García Márquez y Álvaro Mutis. También es autor de *Lector impertinente* (2004), *Lengua erótica* (2004) y *Cuerpo erótico* (2005).



*Arma de casa*  
Ana María Cadavid  
Símbola Editores



*Percepciones de la luz*  
Ricardo Contreras S.  
Renata



*La mujer barbuda*  
Ramón Illán Bacca  
Seix Barral